

Anuario de Historia de la Iglesia

Universidad de Navarra

ahig@unav.es

ISSN (Versión impresa): 1133-0104

ESPAÑA

2005

Ramiro Pellitero

EL PADRE CONGAR: GÉNESIS DE UN PENSAMIENTO (TOULOUSE, 23-24 DE  
ABRIL DE 2004)

*Anuario de Historia de la Iglesia*, año/vol. XIV

Universidad de Navarra

Pamplona, España

pp. 454-457

---

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

## CONGRESOS Y REUNIONES CIENTÍFICAS

### El padre Congar: génesis de un pensamiento

(Toulouse, 23-24 de abril de 2004)

El 23 y 24 de abril de 2004 tuvo lugar en Toulouse un coloquio con ocasión del centenario del padre Congar (1904-2004), organizado por el Instituto Católico de Toulouse en colaboración con las ediciones *du Cerf*.

El título del coloquio *–Le Père Congar: Genèse d'une Pensée–* expresa la intencionalidad de los organizadores, manifestada en la elección de dos palabras. Génesis, porque querían fijarse no tanto en las tesis defendidas por Congar, sino más bien en su itinerario, enfocado desde su comienzo. Pensamiento, porque no se buscaba una exploración biográfica, sino propiamente teológica: el estudio de una trayectoria intelectual. Todo ello precedido por el título afectuoso y sencillo *–padre–* con el que muchas personas le designaban y trataban, a la par que le manifestaban su admiración y reconocimiento.

Congar ha sido, en efecto, reconocido *–especialmente al final de su vida con el honor del cardenato–* como uno de los principales artífices de la renovación teológica coronada por el Concilio Vaticano II. El dinamismo de su pensamiento, avalado por los ya abundantes estudios sobre su obra, sólo puede comprenderse plenamente si se le sitúa en el contexto de la historia reciente y, por tanto, en la evolución de las ideas y las mentalidades, tanto a nivel social como eclesial.

Para analizar el pensamiento del padre Congar, el coloquio recorrió cuatro etapas: a) perspectiva histórica de conjunto, para mostrar el contexto en el que nace la obra de Congar, con particular atención al periodo de su formación; b) originalidad de su eclesiología, en la que destaca la dimensión histórica, y, con ella, la vuelta a las fuentes de la Revelación de una manera que responde a las exigencias de nuestro tiempo; c) la relación de Congar con las autoridades eclesiales, no exenta de dificultades y sufrimientos, en la que destaca su fidelidad y obediencia; d) la relevancia de la obra congariana en el campo del ecumenismo, y especialmente en el diálogo con la Reforma.

#### 1. Contexto histórico y exploración metodológica

El primer día abrieron el coloquio Mons. Emile Marcus, arzobispo de Toulouse, y Pierre Debergé, respectivamente canciller y rector del Instituto Católico. Las conferencias de la mañana corrieron a cargo de Etienne Fouilloux, profesor de historia contemporánea de la Universidad *Lumière-Lyon 2*, que situó la figura de Congar en el contexto de la historia religiosa y profana, y subrayó el carácter interpelador de su teología precisamente en diálogo con los grandes acontecimientos de su tiempo.

Bernard Montagnes, filósofo dominico, recordó a continuación las raíces tomistas de Congar, en la perspectiva especulativa durante los años de París y más tarde en la perspectiva histórica de la escuela de Le Saulchoir. Efectivamente, el estudio de Santo Tomás estructuró el pensamiento teológico de Congar en un sentido profundo, más allá de los temas y los textos del Aquinate.

Después del mediodía se ofrecieron dos comunicaciones. La primera, sobre la comunidad parroquial y la asamblea eucarística (Christian Delarbre) y la segunda, sobre la teología del laicado (Jeannine Espitallier) sobre el transfondo de la obra congariana.

La tarde se llenó con tres conferencias. La ponencia de Joseph Famerée, eclesiólogo y decano de la Facultad de teología de Louvain-la-Neuve, exploró la originalidad de la eclesiología del padre Congar, tanto respecto a su método de investigación como sobre todo respecto a los temas y contenidos de sus obras, abordados con particular profundidad e incisividad. Seguidamente intervino Bernard Dupuy, experto en cuestiones ecuménicas (director de «Istina») y en el diálogo interreligioso con los judíos. Bajo el título «Yves Congar: una visión de la historicidad de la Iglesia», Dupuy distinguió diversas etapas en el método teológico de Congar, centrándose en el ámbito del ecumenismo. La jornada se cerró con la conferencia del Cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, que bajo el título «La Iglesia en marcha hacia la unidad» nos presentó a Yves Congar como inspirador de una eclesiología de comunión renovada.

## 2. Biblia, eclesiología y ecumenismo

La jornada segunda comenzó con la conferencia de Philippe Lécrivain, profesor de historia del cristianismo y de la espiritualidad en el *Centre Sèvres* de los jesuitas de París. Abordó el modo en que Congar enraiza en la Escritura sus grandes intuiciones y aportaciones a la renovación teológica; sin limitarse a la exégesis científica, Congar se esfuerza por mostrar las dimensiones teológicas y espirituales de la Palabra divina. La segunda conferencia llevaba por título «Un combate por la libertad del teólogo». Tuvo como protagonista a Christian Duquoc, profesor de las Facultades de teología de Lyon y Ginebra. El tema abordado por Duquoc estuvo muy vivo hace años, y fue objeto de amplia discusión, cuando la Congregación para la Doctrina de la Fe dio a conocer la Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo (*Donum veritatis*, 1990). El padre Congar pasó momentos muy difíciles en su vida, que supo resolver con sentido eclesial y católico y, por ello, dudamos de que sea hacer justicia a su figura una instrumentalización de algunos escritos suyos circunstanciales.

A propósito de esta cuestión cabe también notar la publicación del *Diario de un teólogo (1946-1956)*, de Congar (editor E. Fouilloux, du Cerf, París 2000; Trotta, Madrid 2004). El volumen testimonia el trabajo abrumador del ilustre teólogo en un tiempo de duras pruebas para él, y en un género literario cuyo análisis presenta, al decir del editor, numerosos problemas de carácter formal: comenzando por la lectura de las anotaciones (en el original, con la letra afectada por la enfermedad neurológica de Congar), y siguiendo por su fragmentariedad, inacabamiento, rapidez, etc. Al lector de este diario le sobrevienen algunas perplejidades después de haberlo leído. En primer lugar, si se ha hecho justicia a su autor

dando a la luz textos íntimos y privados –el editor reconoce que no han sido escritos para ser publicados–, que responden a un contexto psicológico muy determinado. En segundo lugar, no puede olvidarse que, si hubo alguna injusticia en el trato que Congar recibió, la curia romana cuidó muy bien de reparar, pasados los años, elevándole a la más alta dignidad eclesiástica, cuando lo promovió al cardenalato.

Volviendo al coloquio de Toulouse, el segundo día, sábado, se completó con varias comunicaciones (L. Villemin, Ph. Hourcade, J. Rigal y H. Destivelle). Por la tarde, André Birmelé disertó sobre el papel de Congar en el diálogo con la Reforma. El conferenciante, Decano de la Facultad de teología protestante de Estrasburgo, puso de relieve el conocimiento que el padre Congar tenía de la Reforma, y particularmente de Lutero, y cómo ese conocimiento le sirvió para clarificar numerosas cuestiones planteadas en el catolicismo; esto contribuye a que Congar perviva en la conciencia histórica del cristianismo como un pionero de la metodología ecuménica contemporánea. Las sesiones se cerraron con un debate y una síntesis a cargo de Gilles Routhier, Vicedecano de la Facultad de Teología de La Universidad Laval (Canadá).

### 3. *Ante el cuarenta aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II*

Permítasenos algunas reflexiones más, a propósito de este coloquio y del centenario de Congar, referidas a los grandes temas de la obra congariana: el ecumenismo, la renovación de la Iglesia y la teología del laicado.

A las puertas del cuarenta aniversario del Concilio Vaticano II, la figura de Congar pone delante, entre otras cuestiones, la necesidad de *la tarea ecuménica*. Como ha escrito Juan Pablo II, el ecumenismo no puede considerarse como un «apéndice» añadido a la actividad tradicional de la Iglesia. Antes al contrario, pertenece orgánicamente a su vida, y en esa tarea se ha comprometido la Iglesia «de modo irreversible» desde el Vaticano II (cfr. enc. *Ut unum sint*, nn. 3 y 20). En sus diversas dimensiones, ya señaladas por Congar –teológica o doctrinal, institucional, espiritual y práctica–, el ecumenismo replantea continuamente la inmensa cuestión de la *comunión*, que es preciso edificar a todos los niveles, como unidad en la diversidad, traduciendo en los gestos, actitudes y hechos, los principios que no pueden quedarse en meras fórmulas.

Por otra parte, en el contexto actual, mezcla de pluralismo religioso y actitudes escépticas ante lo cristiano, la teología de Congar sigue siendo una pauta para integrar los desarrollos teológico-pastorales que aún son necesarios en orden a una auténtica *aplicación del Concilio Vaticano II*. Más allá de las polémicas –alimentadas en ocasiones por espíritus polémicos que parecen necesitarlas para subsistir, o que se muestran incapaces de superarlas mediante un diálogo que merezca ese nombre–, la aplicación del Concilio sigue siendo la gran tarea que la Iglesia y todos los cristianos en ella tenemos por delante. No sólo como punto de llegada –comprender la literalidad de los textos y planteamientos conciliares– sino como punto de partida para la renovación querida por el Vaticano II.

Cabe evocar aquí la célebre expresión «*Ecclesia semper reformanda*», pronunciada por Gisbert Voetius, teólogo calvinista de estricta observancia, en el sínodo de Dordrecht

(1618-1619). El mejor fondo de ese adagio se tradujo en la constitución *Lumen gentium* así: «Ecclesia in proprio sinu peccatores complectens, sancta simul et semper purificanda, poenitentiam et renovationem continuo prosequitur» (n. 8).

El padre Congar buscó esa «renovación que no intenta sustituir lo cristiano por algo diverso y mejor, sino que quiere revigorizar lo propiamente cristiano en su propia novedad que nunca envejece. Pero como quiera que lo cristiano existe esencialmente en la Iglesia, la renovación cristiana pretende en concreto la renovación de la Iglesia; no quiere sustituir o disolver la Iglesia, sino, repetámoslo, sacarla a la luz con su primitiva fuerza y pureza» (J. Ratzinger, *El nuevo Pueblo de Dios*, Barcelona 1972, 299). Y ello, aunque conlleve la posibilidad de padecer contradicciones y persecuciones (cfr. Jn 16, 2), incluso a veces por parte de «los buenos». Hay que contar con las limitaciones y equivocaciones de las que no queda libre nada de aquello en lo que intervienen los hombres. Es de sabios, y de santos, rectificar.

En los escritos de Congar hay testimonios de sus «retractaciones» en diversas materias relativas a su teología. Bajo el impulso del Espíritu Santo y precisamente a raíz del Concilio Vaticano II, la Iglesia misma ha ido tomando cada vez más conciencia de que su santidad –ontológica e intocable en cuanto propiedad esencial– se manifiesta en la tierra de modo imperfecto, y requiere también de una «purificación de la memoria histórica», tal como Juan Pablo II ha comprendido y practicado en varias ocasiones, solemnemente durante el jubileo del año 2000.

Junto con otras figuras del «siglo de la Iglesia» –como el canónigo Cardijn y San Josemaría Escrivá–, Congar contribuyó en primera línea a «“restituir” el laicado a la plena eclesialidad», redescubriendo el laicado como un aspecto del redescubrimiento de la Iglesia como comunión (en palabras de P. Rodríguez). Vid. al respecto nuestro trabajo, con motivo del centenario de Congar, en «Scripta Theologica», 36 (2004) 471-507.

Cabe finalmente recordar unas palabras que ya recogimos (cfr. «Anuario de Historia de la Iglesia», 6 [1997] 443-446), escritas por Juan Pablo II con ocasión del funeral del padre Congar: «Servidor ardiente de la Iglesia incluso en el curso de sus numerosos años de pruebas (...) puso todo su corazón y toda su inteligencia en profundizar el Misterio de la Iglesia y servir a la causa de la unidad. Por su valiente fidelidad a la gran tradición que conocía admirablemente, permanecerá como inspirador para sus hermanos y para numerosos cristianos».

En definitiva, y tal como ha puesto de relieve este coloquio –lástima que no se haya abierto a la participación de más especialistas de todo el mundo–, la figura y la obra de Congar son un don de Dios para su Iglesia, que interpelan especialmente a teólogos y a historiadores. No sería concebible una «teología» que olvidase su dimensión histórica. Tampoco cabe trazar una «historia» sin la dimensión trascendente que el Misterio de la Iglesia, viviendo y creciendo en el mundo, imprime en la dinámica de este tiempo *entre deus*, entre la Pascua y la Parusía, que es el tiempo de la misión.

Ramiro PELLITERO  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
E-31080 Pamplona  
rpellitero@unav.es